

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR JOSE
GABRIEL COSIO EN LA REUNION ROTARIA
INTERCITADINA REALIZADA EN EL CUZCO**

Señores:

Como Delegado del Club del Cuzco ante la undécima conferencia distrital de los Rotary Club del Perú, reunida en febrero último en Lima, y por encargo especial de mis comitentes, presenté la siguiente ponencia, que fué aprobada en sesión solemne y pública de manera preferente y unánime:

“Los Clubs de los distritos 36 y 37 rendirán un homenaje a la memoria del Historiador Garcilaso Inca de la Vega con motivo de conmemorarse próximamente el cuarto centenario de su nacimiento.”

Y es en cumplimiento de este acuerdo, y en esta solemne conferencia intercitadina con que los Rotarios del Cuzco recordamos a tan ilustre símbolo de la raza y la nacionalidad, que me hallo ante vosotros para cumplir, de manera pálida, pobre y desmedrada, el encargo de mis consocios que me han hecho la deferencia de señalarme para este difícil cometido. No creo tener para ello más merecimientos que el acendrado amor, la admiración profunda y cordial que siento por el ilustre cuzqueño, el más grande de cuantos han nacido en esta tierra de leyenda e historia, uno de los más ilustres que ha producido el Perú a través de los tiempos y el más destacado

historiador clásico de cuantos habiendo nacido en tierra americana han escrito sus anales, sus tormentos y sus glorias en lengua española. Mi garcilacismo, que no es de hoy, sino de antaño, desde que aprendí a amar los blasones intelectuales que ilustran nuestra Patria y nuestro Continente, y desde que supe recorrer en las calles de nuestra vetusta ciudad, en los campos soleados de sus cercanías, marcados con los imborrables jalones de nuestra raza, en sus monumentos que desafían el paso de las edades, sigue la gloriosa ruta que Garcilaso rememora y describe con orgullo, con piedad unciosa, con melancolía de peregrino y con la dulce blandura del poeta.

Sólo con este título creo haber merecido la deferencia de mis amigos rotarios y sólo con este título solicito la indulgencia de vosotros para decir un breve elogio del héroe que es centro, motivo y causa de esta y otras solemnidades, con que su tierra natal lo recuerda y festeja.

Exaltar la figura y remozar el recuerdo de los hombres que en el tiempo y el espacio ensancharon el plano del progreso humano, que acendraron su espiritualidad y abrieron nuevos luminosos horizontes al bienestar y la grandeza de los pueblos, cabe dentro del programa Rotario. Ha sido, es y debe seguir siéndolo uno de los más cordiales y dilectos empeños de nuestra institución.

Una de estas figuras es la del historiador y cronista cuzqueño, que no sólo es timbre de honor para su tierra nativa, para la patria y el Continente, sino para los pueblos y naciones de habla española, que a través de tres siglos abrevan su sed de conocimiento del pasado americano en las admirables páginas de La Florida del Inca y Los Comentarios Reales, libros que hoy son tan raros y tan requeridos por los estudiosos y por quienes sienten el dulce reclamo de la inquietud espiritual.

Fruto de la feliz conjunción de dos razas, igualmente ilustres, la de los claros y bravos castellanos, que escribieron la inverosímil epopeya de la Conquista y el Coloniaje, y la de

los fastuosos, señoriales y sabios Incas; la de los dominadores y los dominados, de los que vinieron con Pizarro y Hernando de Soto y de los que acabaron su realeza con Huáscar y Atahualpa, el Cronista Garcilaso de la Vega Henestrosa y Vargas, Gómez Suárez de Figueroa y Sotomayor, nació, un día como hoy, hace cuatrocientos años, como una flor entre las grietas de una inmensa roca batida por la tempestad. El fiero castellano. El fiero castellano que atesoraba virtudes varoniles selectas y cuyo abolengo entroncaba con el legendario Garcí Pérez de Vargas, terror de los moros, el Capitán Garcilaso de la Vega, entró en el Cuzco con la expedición de Alonso de Alvarado y prisionero de Almagro, después de la batalla de Abancay, en 1537, apenas disipado el fragor del levantamiento del Inca Manco, que tanto dió que hacer a los españoles en el sitio de Lima y el Cuzco, a cuya defensa acudió el Capitán extremeño desde Buenaventura, donde a la sazón se encontraba, venido con Pedro de Alvarado de Guatemala y Méjico. El inquieto Conquistador conoció, entre sus andanzas guerreras, a la Palla Isabel de Chimpu Ocello, sobrina legítima por vía materna de Huaina Kccápacc y nieta directa de Thúpacc Inca Yupanqui. Fué Isabel para Garcilaso de la Vega, el Conquistador, como dice Riva Agüero en su famoso e insuperable elogio, que es una síntesis acabada de alta crítica y de galano y bronceo análisis, una de tantas tímidas gacelas que solazaron las horas inquietas de los bravos castellanos. La buena Palla, que mimaba al hijo mestizo, con la ternura suave y honda con que las de su raza solían cuidar de sus retoños, vivía en el Palacio del Conquistador, que no llegó a hacerla su esposa, pero que asistía en el hogar a los numerosos invitados que pululaban por sus salas, como una inteligente ama de casa y padeció tormentos, persecuciones, sitios y hambre en las horas rojas de la revolución de Gonzalo Pizarro y Hernández Girón, junto al hijo tierno y desamparado. Abandonada, a los quince o dieciseis años de vida común, por el Capitán que contrajo nupcias, a más de los 50

años, con una dama española de resonante apellido sufrió en el silencio su humillación y, en la tristeza, el olvido del blanco que le robó la calma de sus horas de juventud, no sin que esta tragedia lacerase el espíritu del joven mestizo que frisaba en los 16 años, y que se embebía, tomándolos a sorbos, de los recuerdos y enseñanzas de la grandeza de sus antepasados maternos, cuya poesía y nostalgia había de cantar más tarde desde España.

El mestizo Garcilaso, nacido en una casa solariega del Cuzco, que ya la conocemos hartó, junto a la alegre plaza, y desde cuyo corredorcillo, como lo recuerda en sus Comentarios, solía contemplar el mercado pintoresco de los indios, el kecatu incaico, extendido a sus pies y en lontananza hacia el sur, por el camino de Ceollasuyu, la punta nevada del Vilcanota o Ausangate; que con otros mestizos, como él, traviosos y juguetones, hacía sus escapadas de la casa paterna para recorrer los campos de Quipaipán, donde su primo Huáscar fué hecho prisionero y afrentado por los generales de Atahualpa; que besó en Ceolcampata, el palacio sagrado de sus mayores, las manos de su tío Sairi Thúpacc, cuando salido éste de Vilcabamba, por capitulación con el Virrey Marqués de Cañete, iba a retirarse a su Marquesado de Oropeza, en las risueñas vegas de Yucai; que hizo sus primeros estudios de latín y gramática, aunque muy irregularmente, según sus propios recuerdos con el buen Canónigo Cuéllar; que pasó días de tragedia, de horror y espanto, cuando su casa era saqueada por los parciales de Gonzalo Pizarro, cañoneada por Hernando Bachicao desde el atrio de la Catedral y casi totalmente destruída y arrasada, como había sido la orden de los enemigos de su padre, que fugó a Lima, perseguido por Carbajal, y que huérfano ya de padre y sin los bienes de fortuna, demasiado mermados, resolvió marcharse a España, con el corazón lleno de esperanzas, pero transido de dolor porque sabía que no volvería más hacia la tierra que le fué tan querida, Garcilaso de la Vega, como digo en aquestos enfadosos incisos,

empapó su alma de adolescente en la visión física y moral de su pueblo y las provincias próximas, como Charcas y Apurímac, donde el padre tuvo cuantiosos repartimientos, lugares que, después de cuarenta años iba a pintar con tal maestría, delectación y encanto, con tal candor y evocadora exactitud, que Menéndez Pelayo, con su irrefutable autoridad crítica, dice que en *Los Comentarios Reales* palpita hondamente el alma de la raza vencida, y que ese libro es el más profundamente americano que en tiempo alguno se haya escrito. Con que blanda emoción añora sus días y sus horas de infancia, con que maravillosa retina vió esos paisajes que relumbran de verdad y vigor en sus deliciosas páginas descriptivas. En ellas la feliz y vieja stirpe intelectual y literaria de los Lasso de la Vega, se exalta, se encumbra y se depura con luminosos toques de originalidad y grandeza cautivadora. La suavidad de las pastorelas del Marqués de Santillana en su vaquera de la Finojosa; la melancolía adormecedora y crepuscular de Jorge Manrique en sus Coplas únicas y la levedad y gracia cautivadoras del ínclito cantor de la Eglogas, Garcilaso de la Vega, que como su lejano pariente el mestizo, blandía unas veces la espada y otras la pluma, se sienten, en consuno artístico y en maravillosa síntesis plasmadora en las páginas de nuestro Cronista Historiador.

En España, a la vuelta de muchas promesas no obtiene lo que desea ni aquellas recompensas y reivindicaciones que le habían obligado a salir del Cuzco. Sus parientes o lo desconocen o lo tratan con indiferencia, salvo su tío el Marqués de Priego. Lope García de Castro, informado de las guerras civiles en el Perú, por la lectura de *El Palentino*, lo descubre ante la Corte como a hijo de un traidor, indigno de merecer recompensas, con flagrante injusticia, pues el Conquistador Garcilaso, ofreció a Gonzalo Pizarro su caballo Salinillas, para que fugara, después de la batalla y no en medio de combate, y es casi sabido que dicha cabalgadura era ya de propiedad del que se valió de él para su fuga. Como Cervan-

tes, con quien tiene tan íntimo y significativo parecido, busca fortuna en las armas; pelea bajo las banderas del Rey en Granada, en Flandes y seguramente en Italia. Es uno de los héroes de las gueras de Granada que arrancaron las bellas páginas de Hurtado de Mendoza y de Ginés Pérez de Hita y es Capitán del Rey antes de cumplir los treinta años, cosa rara en aquellos tiempos, con despachos otorgados personalmente por Felipe Segundo, los dos primeros, y por Juan de Austria, el vencedor de Lepanto, los últimos. Igual que el inmortal Manco deja las armas y se refugia en la quietud del estudio y las letras. Pasa por Andalucía, Sevilla, la encantadora y otras ciudades y fija su residencia en Córdoba, la muelle y morisca ciudad de la Mezquita, donde desengañado, aunque no vencido, abraza la carrera eclesiástica, aunque sin haber obtenido las órdenes mayores, y da a la posteridad, desde su retiro sus famosas obras históricas y su traducción de León Hebreo, del Toscano al Castellano, y también, como se supone, por lo que él mismo dice, al quechua, versión que ha desaparecido o no ha llegado hasta nosotros. En Diálogos de Amor da bella muestra de su petrarquismo y de sus aficiones por el pensamiento neoplatónico, en traducción que en limpidez de estilo, hondura de conceptos y gracia del lenguaje, es la mejor de cuantas traducciones se han hecho de la obra en español y que supera al descuidado original italiano en quilates artísticos. En la Florida del Inca, un bello poema en prosa, canta a Hernando de Soto y sus conquistas en las regiones del Norte de América y como Ercilla en La Araucana, según lo hace notar Ventura García Calderón, pinta la brava y truculenta naturaleza del Nuevo Mundo. Son Los Comentarios Reales su obra por excelencia; la de toda su vida; la flor más preciada de su jardín interior. En ella afloran sus recuerdos de infancia y juventud; las consejas y leyendas de sus tíos Huallpa Thúpacc, Cusi Huallpa, de Pechuta y Chauca Rimachi, capitanes de guardia de Huaina Kccápacc; las solemnes ritualidades de la Citua y el Raimi; la imagen de los campos

que recorrió de niño; el ruido del AILLI en las horas del sembrío, cuando el Inca araba personalmente en el andén de Ccolecampata, y las horas horriblemente trágicas de Salinas, Chupas y Huarina. Cómo le vienen a la memoria el llanto y las íntimas congojas de sus viejos tíos, “cuando de las grandezas y prosperidades pasadas venían a las cosas presentes; lloraban sus reyes muertos, enajenado su imperio y acabada su república. Y con la memoria del bien perdido, siempre acababan en lágrimas y llanto, diciendo trocésenos el reinar en vasallaje”. Así—dice el más acertado crítico de Garcilaso—en este cuadro de desamparo y solemne melancolía; en la desolación patética y sublime de un crepúsculo misterioso, se depositaban en el alma del historiador las secretas tradiciones de su abatida patria”.

Esta magna obra casi siempre copiada hasta con solapada malicia por los historiadores de profesión, después de haber sorteado durante algún tiempo la detracción de muchos y el olvido de algunos, vuelve hoy, ha vuelto desde principios de este siglo a readquirir su fama y su autoridad del siglo XVIII, y su reivindicación ha sido semejante a la que orientalistas y críticos modernos hicieron de la desmembrada autoridad del gran Heródoto. Los hallazgos arqueológicos de los últimos tiempos, el análisis sereno y la crítica sensata, han visto en Los Comentarios Reales, dentro de sus naturales equivocaciones y las explicables lagunas, la fuente más poderosa y más fecunda para el conocimiento y la explicación de las conquistas, sucesión y organización del Imperio de los Incas, y como páginas de evocación y de resurrección del pasado alcanza sus mayores quilates y ostenta los mayores timbres de verdad y de dilatadas perspectivas históricas.

La vida de nuestro Historiador se consume tranquila y suavemente en la penumbra de la ancianidad y en su retiro de Córdoba, como una lámpara votiva que iluminara el mágico retablo de un templo misterioso que fuera la antesala de la eternidad. El 22 de abril de 1616, un día antes que Cervan-

tes y unos pocos más que Shakespeare, cierra los ojos de la vida. Una llama se apagaba en Córdoba y otra agonizaba en Madrid. Tal vez desconocidos entre sí, porque la desgracia no los juntó en su ruta, como la gloria los unió en la inmortalidad, Garcilaso y Cervantes, los dos insignes clásicos de habla española, acababan para el mundo. En la capilla de las Animas de la histórica ciudad, al calor de un hermoso epitafio que los libros divulgan, y bajo la custodia de los blasones de sus padres, el del Capitán Garcilaso y el de los Incas, sus abuelos, con el Sol, la Luna, el arco iris, el llauta y las sierpes en azul, duermen para siempre los despojos de aquel que escribió el bello poema de su Raza, comparable al drama Ollantai por encerrar dentro de sus páginas el espíritu bravo y atribulado de un pueblo y de una civilización. Ambas obras son las únicas que guardan "ecos de una sumergida tradición que no han podido vivir luego sino subterránea e inconscientemente; ahogados suspiros del irreparable secreto olvidado, últimos y tenues remolinos sobre las aguas de un insondable naufragio".

He dicho.

**DISCURSO PRONUNCIADO POR EL DOCTOR ALBERTO
DELGADO EN EL DESFILE ESCOLAR DEL DIA 12
DE ABRIL EN EL CUZCO**

Jóvenes estudiantes:

Es común a pueblos e individuos suspender por breves instantes el agitado ritmo del vivir inmediato para entregarse en actitud meditativa a la saludable tarea de reconstruir el pasado.